

---

**RAUL SENDIC:**

**Símbolo de una transformación**

---

**REVISTA CASA DE LAS AMERICAS - NUMERO 61**

---

**MARIO  
BENEDETTI**

---

---

# **RAUL SENDIC:**

## **Símbolo de una transformación**

---

*Con motivo de los recientes acontecimientos en Uruguay, publicamos, como un homenaje al gran dirigente de los Tupamaros, este artículo que nuestro compañero Mario Benedetti escribiera para la agencia Prensa Latina.*

“Yo me considero un prisionero de guerra. Lo único que voy a decir es mi nombre”. Esas fueron las palabras del revolucionario uruguayo Raúl Sendic al caer prisionero de las fuerzas represivas en una operación en que el azar jugó una mala pasada a los Tupamaros. Pocos hombres de acción pueden sin embargo darse el lujo de decir tanto con tan poco. Porque el solo nombre de Raúl Sendic es el símbolo de la más honda transformación habida en el Uruguay contemporáneo.

En estos días, y con motivo de su captura, las agencias de noticias han hablado a veces de Sendic como de un personaje legendario. Habría que aclarar que, en este caso, la leyenda es tan peculiar que se basa exclusivamente en realidades. Durante los siete años que la policía había infructuosamente consagrado a la búsqueda del dirigente tupamaro, trató, no menos infructuosamente, de restarle notoriedad y repercusión. Aunque su foto era siempre mostrada a los detenidos bajo sospecha y a los presuntos testigos de las casi cotidianas acciones del Movimiento de Liberación Nacional, los comunicados de la Jefatura por lo general prescindían de su nombre, y la digitada *prensa grande* sacrificó frecuentemente la tentación que implicaba ese nombre-noticia, nada más que para favorecer la estrategia policial. Las pocas veces, sin embargo, que su foto salió publicada en esa misma prensa (sobre todo en los primeros tiempos, cuando sólo se le buscaba en relación con un robo de armas al Club de Tiro de Colonia Suiza), alcanzó para que en las paredes de muchos hogares humildes del norte uruguayo, recortes de diarios con el rostro de Sendic significaran un aliciente, una confortación, una esperanza de justicia y una asunción de rebeldía. Aunque hoy es ya evidente que el MLN no depende de un solo líder sino de una dirección colectiva, no es menos cierto que Sendic es la figura que, a nivel popular, ha tenido mayor repercusión. Por otra parte, es obvio que el MLN se generó en el movimiento cañero del departamento de Artigas, en el norte de la República, y que ese movimiento fue concebido, organizado, dirigido y dinamizado por Sendic.

¿Cuál es el proceso que lleva a este revolucionario a convertirse, en sólo ocho años, en la más descollante figura del panorama político uruguayo? (Aun después de su captura se tiene la sensación de que de él depende, en buena parte, el curso que han de tomar los acontecimientos.) Se trata de un personaje que por lo general es mencionado sin currículum. La verdad es que los datos no son abundantes.

Hombre de más de cuarenta años, de estatura mediana, cabello abundante y canas prematuras, la personalidad de Sendic está presente sobre todo en su mirada, penetrante y noble como pocas. Las exigencias de la clandestinidad cambiaron muchas veces su apariencia física; al parecer, en el forzado y renovado aspecto el detalle más importante eran siempre unos anteojos muy oscuros; cuando sus ojos quedan sin protección o sin disfraz, su presencia vuelve a ser inconfundible.

Casi abogado (sólo le faltaban dos exámenes para obtener el título), de pocas palabras y escasos escritos (sus *acciones completas* son en cambio voluminosas), militante activo y eficaz del Partido Socialista, en el que ocupó cargos de dirección, Sendic demostró, desde los inicios de su actividad política, una excepcional capacidad para comunicarse con las bases sindicales. Quizá el secreto residiera en la austeridad y en la modestia de su personalidad tan peculiar; en la seguridad que trasmite a cualquier interlocutor sobre la justicia de la causa a la que honesta y corajudamente ha consagrado su vida. En las diversas instancias de su trayectoria, Sendic se ha acercado al obrero de la ciudad, al cañero, al hombre de campo, a sus compañeros de militancia, con sencillez y franqueza, hablando su mismo lenguaje, pero hablándolo con naturalidad, sin obligarse a ello, nunca con la postura a veces paternalista del universitario, del intelectual (dos calidades que también posee).

“Por la tierra y con Sendic”, era el lema de los cañeros de UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas) cuando llegaban a Montevideo, después de atravesar a pie toda la República, a reclamar una justicia que nunca consiguieron; a reivindicar un tratamiento humano, una mínima dignidad de vida que la Constitución todavía consagra en su congelado texto pero que los bien alimentados legisladores consideraron, ya en ese entonces, una exigencia descabellada e intempestiva.

Sendic entronca directamente con la tradición de Artigas, sin necesidad de recurrir a los muchos intermediarios liberales que circulan por la historia nacional. No es casual que el Movimiento se llame a sí mismo Tupamaros, una denominación que si bien, como es obvio, procede del caudillo inca Tupac Amaru, también tiene una raíz profundamente nacional y revolucionaria, ya que *tupamaros* fueron asimismo en el siglo XIX los gauchos de Artigas, cuando tras la derrota de éste, se juntaron en rudimentarias guerrillas para combatir a su modo la naciente oligarquía. No hay que olvidar que Artigas ha sido uno de los grandes calumniados de la historia americana; aun en el ámbito oficial uruguayo, donde es objeto de una admiración superficial, también ha tenido lugar una conspiración de silencio acerca de ciertos rasgos de su proceder revolucionario, que en 1815 (o sea, tres años antes de que naciera Marx) ya incluía una genuina reforma agraria, así como un programa de estricta justicia social. Cada acción de los Tupamaros ha sido vinculada a la tradición artiguista, y en el manifiesto dado a publicidad con motivo del asalto al Arsenal de la Marina, se desarrolla hábilmente la posibilidad de una situación paralela.

En un país como el Uruguay, donde la demagogia ha hecho estragos y ha hecho escuela durante un siglo, el rescate de la imagen de Artigas por un Movimiento que hace de la austeridad y la franqueza dos palabras claves, tan importantes como las armas que empuña, es algo profundamente significativo y que en buena parte da la exacta dimensión de Sendic y los Tupamaros.

La “gran prensa” los llama delincuentes, pero ya ni la policía cree en esa denominación, en primer término porque los Tupamaros son los primeros en reconocer que están al margen de la ley. Ya en su “Carta abierta a la Policía”, publicada el 7 de diciembre de 1967 en el (luego clausurado) diario *Epoca*, los Tupamaros asumían y explicaban esa “marginalidad”:

“Porque ya no creemos en las leyes e instituciones que los 600 privilegiados dueños del país, de los partidos políticos y de los órganos que manejan la opinión pública, han creado (y pisotean cada vez que les conviene) para defender sus intereses hambreado al pueblo y apaleándolo si se resiste. Porque creemos indispensable que el pueblo organice su violencia para reprimir la violencia velada o evidente de los oligarcas. Porque no estamos dispuestos a presenciar sin lucha cómo se vende al extranjero la patria de Artigas. Porque las soluciones que sin lugar a dudas hay para resolver los problemas del país no se lograrán sin la lucha violenta, pues esas soluciones son contrarias a los intereses de extran-

jeros muy poderosos. Porque esas soluciones además son ya dramáticamente urgentes, de ellas depende ya la vida, la cultura, la salud, la alimentación, el derecho al trabajo de muchos miles de hombres, mujeres, niños y ancianos. De ellos depende el porvenir de la patria y somos lo suficientemente maduros como para no seguir esperando indefinidamente que los políticos profesionales vendidos y corruptos, encaramados en el poder, las aporten. *Por todo ello nos hemos colocado al margen de la ley.* Es la única ubicación honesta cuando la ley no es igual para todos; cuando la ley está para defender los intereses espurios de una minoría en perjuicio de la mayoría; cuando la ley está contra el progreso del país; cuando incluso quienes la han creado se colocan impunemente al margen de ella cada vez que les conviene.

Sendic y los suyos han tenido la innegable virtud de tener siempre presentes el carácter y la sensibilidad de sus compatriotas. El sentido del ridículo, que impone casi un estilo en la vida uruguaya, ha sido hábilmente usufructuado en perjuicio del gobierno. Hay ocasiones en que el MLN ha corrido sus buenos riesgos nada más que para extraer el máximo efecto de esa tendencia nacional; por ejemplo, cuando devolvió "por encontrarse en mal estado" diversos explosivos y municiones; o cuando asaltó la planta emisora de Radio Sarandí, dejó adentro una grabadora que transmitió diecisiete veces una proclama revolucionaria, y colocó un cartel en la puerta advirtiendo que al abrirla explotaría una bomba: cuando por fin, después de muchas explicables vacilaciones, un jerarca policial hizo de tripas corazón y abrió la puerta de un puntapié, sólo explotó una caja de cohetes infantiles.

También ha tenido en cuenta el MLN las resistencias mentales del uruguayo promedio ante la violencia gratuita, ante el terrorismo desatado. Durante años, los Tupamaros (aun después de haber sufrido varias bajas) evitaron abrir el fuego frente a los agentes policiales. Sus asaltos a Bancos, por ejemplo, eran operaciones tan limpias y cuidadosas que un jerarca de la Policía llegó a declarar, con respecto a una acción atribuible a los Tupamaros, que aun cuando no había pruebas suficientes, era evidente que había sido efectuada por el MLN, ya que eran reconocibles "la perfecta organización, la buena educación con que actuaron los asaltantes, y el toque humano". Sólo después de la cruenta acción de Pando (llevada a cabo el 7 de octubre de 1969, en conmemoración de la muerte del Che en Bolivia), donde varios tupamaros, ya sin armas y con las manos en alto, fueron ametrallados por la policía que asesoraba Dan Mitrione, el MLN cambió de conducta y asumió una actitud más agresiva y contundente. Pero a esa altura la opinión pública ya estaba preparada para la escalada de violencia. El reciente ajusticiamiento del agente de la CIA, Dan Mitrione, habría sido increíble dos o tres años atrás. Pero ahora hasta el excomisario Alejandro Otero se encarga de declarar a periodistas brasileños (con posterioridad al ajusticiamiento, lo que da más peso a su pronunciamiento) que él nunca estuvo de acuerdo con las torturas impuestas por Mitrione en la policía uruguaya.

Corresponde asimismo a Sendic y los Tupamaros haber visto, por un lado, las dificultades (que a otros hubieran desalentado para siempre) de la guerrilla rural en un país casi sin accidentes naturales, y por otro, las formidables posibilidades de la guerrilla urbana en una ciudad "lo suficientemente grande y polarizada por las luchas sociales como para dar cobijamiento a un vasto contingente de comandos en actividad" (Ver: "Treinta preguntas a un tupamaro", en la revista chilena *Punto Final*, 2 de junio de 1968).

Por último, también corresponde a Sendic y los Tupamaros, haber visto que sus enemigos no eran los otros sectores de la izquierda sino el imperialismo, la oligarquía, y las fuerzas represivas que están al servicio de uno y de otra. La implacable memoria de cada grupo de izquierda para los errores cometidos por cualesquiera otros, no preocupa por ahora a los Tupamaros. Lo más duro que han dicho consta en su segunda respuesta a las "Treinta preguntas a un tupamaro": "¿Cuál es la diferencia fundamental de la organización de ustedes con otras organizaciones de la izquierda?" "La mayoría de estas últimas parecen confiar más en los manifiestos, en la emisión de

enunciados teóricos referentes a la Revolución para preparar militantes y condiciones revolucionarias, sin comprender que fundamentalmente son las acciones revolucionarias las que precipitan las situaciones revolucionarias". Pero aun ese alerta, más que un reproche sobre faltas pretéritas, parece una invitación a participar en aciertos futuros.

Aunque no lo digan explícitamente, los Tupamaros dejan suponer que las diferencias o la integración con las restantes fuerzas de izquierda, son temas *para después*. Y, en realidad, cuando policías y militares se consagran a una verdadera cacería humana, sería un imperdonable bizantinismo, y además una técnica suicida, dejar ese vulnerable flanco al enemigo. Por ahora, el MLN dedica todas sus baterías y su inteligencia, que no son pocas, a desenmascarar la corrupción del régimen, su voluntad entreguista, la ineficacia de sus antediluvianas instituciones, la hipocresía de sus declaraciones, la estafa lisa y llana al pueblo. Gracias a la tenacidad, el coraje y la imaginación con que los Tupamaros encaran esa lucha sin tregua, cada vez parece más verosímil lo que hace un tiempo declaró en Montevideo un oficial de Inteligencia y Enlace: "Probablemente todos nosotros conocemos a algún Tupamaro; lo que ocurre es que no sabemos que lo es". En la actualidad, no sólo la policía o el gobierno sino también la opinión pública, tienen conciencia de que los Tupamaros han reclutado militantes y simpatizantes activamente solidarios, no sólo entre obreros, estudiantes, bancarios, profesores universitarios, etc., sino también entre altos funcionarios de los distintos Ministerios, el Poder Judicial, y (¿por qué no?), la policía, el ejército y la marina.

Es seguro que la dirección y la estrategia del MLN son hoy por hoy una responsabilidad colegiada (gracias a la cual, y pese a la captura, en distintas fechas, de por lo menos cuatro de sus principales dirigentes, el Movimiento conserva casi intacto su poder de acometida), pero cabe por lo menos reconocer a Sendic la virtud de haber desencadenado todo este proceso, que ha convertido al Uruguay de la tibia e hipócrita siesta cívica, en el Uruguay de la perpetua y creadora vigilia. En la precisa confrontación que tiene lugar en estos días, los Tupamaros podrán ganar o perder; de todos modos, y a más largo plazo, el movimiento parece indestructible. El gobierno, en cambio, y sobre todo el sistema y la oligarquía venal que lo sostiene, sólo podrán perder, ya que, de cualquier manera, este proceso ha dejado al descubierto sus contradicciones, sus imposibilidades y sus vergüenzas, y ahora o más tarde, éstas darán la razón a los Tupamaros.